

FINA CASALDERREY

TANA

LA INVISIBLE

y los peores ladrones
del mundo



Ilustraciones de
Lucía Cobo

edebé

FINA CASALDERREY

TANA

LA INVISIBLE

y los peores ladrones
del mundo

FINA CASALDERREY

TANA

LA INVISIBLE

y los peores ladrones
del mundo

Ilustraciones de
Lucía Cobo

edebé

Título original: *TANA A INVISIBLE e os peores ladróns do mundo*

Traducción de la propia autora.

© Texto: Fina Casalderrey, 2026

© Ilustraciones: Lucía Cobo, 2026

© Edición: Edebé, 2026

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

edebe.com

Dirección editorial: Reina Duarte

Coordinación de la producción: Elisenda Vergés-Bo

Diseño: Book & Look

1.^a edición, mayo 2026

ISBN: 978-84-683-7719-3

Depósito legal: B. 2244-2026

Impreso en España / Printed in Spain



PEFC

PEFC/14-38-00352

PEFC Certificado

Este producto
procede de bosques
gestionados de forma
sostenible y fuentes
controladas

www.pefc.es

Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*A Noema y a Noara,
dos brotes nuevos de mi árbol.*

*A ti, que posees la voluntad
de cambiar todo lo feo
que hay en el mundo.*



Quizás a estas alturas ya me conozcas. Por si las moscas, te cuento.

Soy Tana. Vaya, soy Cayetana. En mi casa encogemos los nombres como si fueran jerséis de lana metidos en agua muy caliente. A papá le llamamos Genio, aunque no viva dentro de una lámpara maravillosa y en su DNI aparezca como «Eugenio». A la tía abuela Fabiana, la científica, le decimos Ana, lo mismo que al abuelo Basileo, hermano del alma de la tía abuela, le llamamos Leo.

Al abuelo ese nombre le viene perfecto; anda siempre con un libro en la mano como

quien lleva una botella de agua. El abuelo Leo tiene mucha sed de leer.

A mi hermana, que es bastante mayor que yo, le decimos Lope y no, Penélope.

Tan solo mi madre conservó siempre el nombre completo: Fe. Si se lo encogiésemos, le desaparecería, como desapareció ella un domingo de noviembre. Dicen que de ella heredé el miedo a las arañas y la pasión por la arquitectura. ¡Me encanta fabricar casetas de perro!

Celta, mi perrita, e Ígor, mi mejor amigo, también mantienen el nombre entero. Ígor tiene un segundo nombre, Yuri; pero yo solo lo llamo así cuando no me hace caso. La única persona que incumple la norma es Hermelinda, nuestra empleada de hogar. A Linda le gusta llamarnos «Lopita», «Tanita», «Celtita»...

Por cierto, Celta es muy habladora. Cuando alguien pregunta cualquier cosa, ella siempre responde: «¡Guau!».

Tengo más o menos tu edad. Me gusta el balonmano. Soy menuda de cuerpo y colecciono todas las alergias del mundo. Soy hipersensible a las personas que mienten siempre, a las que no mienten nunca, a los truenos, a los malos momentos de papá... También me dan reacción las plumas de gallina, los pelos de gato, el polen de las flores, el de los olivos y el polvo que convierte los muebles en tableros en los que se puede escribir con el dedo. A veces me cuesta respirar y, si estoy nerviosa, sudo mucho.

A pesar de eso, antes era una niña normal, creo... Ahora soy diferente de todas las demás compañeras del colegio, del barrio, de la ciudad y hasta del planeta entero:

¡PUEDO HACERME INVISIBLE!

Tal vez siga escribiendo mis hazañas en cuadernos íntimos, que solo compartiré contigo.

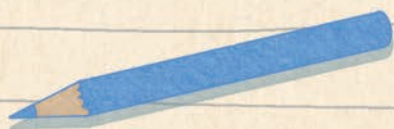
TOP SECRET.

Si te sumerges en estas páginas, sabrás cómo me enfrenté a la epidemia de robos que, igual que inesperados tsunamis, asolaron nuestra ciudad este verano.

Y si quieres conocer al detalle cómo conseguí las pastillas de la invisibilidad, cómo descubrí que pueden multiplicarse solo con ponerlas al sol, cómo detecto cuándo me empiezan a hacer efecto o cuándo se me está pasando, e incluso si te interesa saber cómo conseguí mi traje de heroína, o el medallón en el que siempre llevo un par de pastillas por si las necesito, te recomiendo que busques mi primer cuaderno secreto: *TANA LA INVISIBLE, aprendiz de heroína*.

¡Ah!, si descubro nuevos poderes, los compartiré contigo, pero no me delates, ¡por favor!

¡Schsss!



Ígor



Linda



Leo



Ana



Fe



Genio



Lope



Celta



Tana





Soy una friki



Han llegado las vacaciones de verano, pero yo sigo sin poder contarle a nadie mi gran secreto. Ni siquiera se lo puedo decir a Ígor, mi mejor amigo.

Con mi hermana Lope debo tener mucho cuidado. Es demasiado lista y, además, en julio y agosto también ella dispone de mucho tiempo libre para fijarse hasta en la ropa que me pongo. ¡Eso me fastidia!

Un día me abordó sin más:

—Tana, te noto muy rara... Te estás volviendo una auténtica friki hasta en la manera de vestir. ¿Qué es lo que te pasa?

—¿A mí? ¡Nada! ¿Por qué?

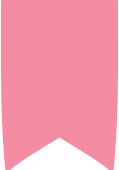
—Desde que te regalaron esa horrorosa chaqueta de piel de vaca y ese pantalón a juego, no te los quitas ni aunque haga calor. ¿No ves cómo sudas? ¡Cualquier día te vas a deshidratar! Entre la vestimenta que te pones y ese medallón colgado del cuello, estás friki friki.

—Sí, es que ahora solo me gustan los tejidos naturales... Si me regalas algo, tenlo en cuenta. Ya sabes, por mis alergias...

—Pues parece que vayas siempre de uniforme.

—Es mi uniforme de superheroína —le solté en tono de broma.

Lope sonrió y se fue meneando la cabeza.



He descubierto que, a veces, la manera más fácil de ocultar un secreto increíble es decir la verdad. Así piensan que estás de broma.

Las pastillas que me vuelven invisible no hacen desaparecer la ropa que llevo puesta si su procedencia no es totalmente natural: cuero, lino, seda, algodón cien por cien... ¡No puedo ir por ahí como si la camiseta y el pantalón tuvieran vida propia! Y, por supuesto, no pienso arriesgarme a ir desnuda, confiando en que no me ven, por mucho que, bajo el efecto de las pastillas, no sienta ni frío ni calor. Si me despistara y me hiciese visible antes de vestirme, ¡menuda hecatombe! Me pasó una vez. De repente, estaba desnuda delante de una multitud.

¡Horrible!

¿Friki? Sí...

Creo que me estoy volviendo una friki de las historias de héroes y de aventuras que leo. Los culpables son Ígor y, sobre todo, mi abue-

lo, que siempre me dice: «Cuando leo, todo es posible, sobre todo, lo imposible». También lo dijo la escritora Eva Mejuto una vez que vino a clase.



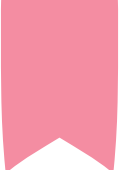
Un día, cuando llegué del entrenamiento, el abuelo Leo me estaba esperando con una pila de libros encima de la pequeña mesa de su rincón favorito del salón y me pidió que me acercase.

—Toma, son para ti. Ya puedes llevártelos a tu cuarto.

El abuelo me entregaba su biblioteca de las primeras lecturas preferidas.

—Son libros antiguos... —le dije decepcionada.

—¡Quítate esos prejuicios de encima! —me exigió.



Y me los quité.

El abuelo asegura que, si se extinguieran los libros, alguien volvería a inventarlos.

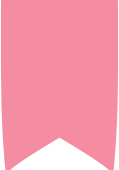
En realidad, la afición a la lectura del abuelo es una especie de enfermedad. No duele ni mata, pero se contagia como la gripe. Y a mí me la ha pegado. Ya puedo afirmar que yo también fui con Jim Hawkins a la isla del pirata John Silver en busca de un tesoro. ¡Me he leído ese libro tres veces!

También me he vuelto una friki de las librerías. Me encanta entrar en ellas y pasear entre las estanterías como quien recorre una joyería buscando una alhaja especial, así que me puse mi traje de heroína, me colgué del cuello el medallón con un par de pastillas dentro, me fui a por Celta, mi perrita, y salimos a la calle. Pensaba dar una vuelta mirando los escaparates de las tres librerías más famosas de Arenafina: La Odisea, Merlín y Luna Nueva.



En Arenafina todo el mundo se conoce, excepto en verano, que es cuando la población se multiplica por cinco. En julio, agosto y también en septiembre, si no hay fiesta en nuestra pequeña ciudad, la hay en alguna otra de los alrededores. Podría asegurar que todos los días se oyen músicas alegres y explotan cohetes de celebración en algún lugar cercano.

Al principio, Celta saltaba de un brinco a mi regazo nada más oír el primer estallido; ahora ya no se asusta. Retumbaron unos cohetes que parecían romper el cielo en trocitos, me miró sin bajar el rabo y supe que estaba tranquila. La conozco bien y sé que, aunque su mirada parezca triste, casi nunca es de ver-



dad. Así es como miran los perros de raza labrador. Celta iba feliz junto a mí.

Julio entró especialmente caluroso. Un día llegué a creer que me derretiría. En eso llevaba razón mi hermana, pero lo remedí. Abrí el medallón, saqué una de aquellas pastillas opacas y permanecí con la mano abierta unos segundos para que le diese la luz del sol. Enseguida surgió la magia y tuve dos. Unos segundos después ya tenía cuatro pastillas, que adquirieron un color rojo intenso. Cerré mi mano muy rápido, no quería tomarme más de cuatro, y me acerqué a la Fuente del Caño Bajo. En Arenafina hay una fuente de agua potable en cada plaza. Las tomé juntas, con un sorbo. Sabía que pronto dejaría de sentir aquel incómodo calor y de sudar.

Solo tocaba esperar.



